

## 23 DE DICIEMBRE.

Catacumbas de la vía de Ostia.—Doble destino de las Catacumbas.—Nombres diversos.—Disciplina primitiva.—Permanencia de los cristianos en las Catacumbas, durante la paz, durante las persecuciones.—Por qué muchas entradas.—Razones de la forma de las galerías.—Sepulcros de dos, de tres cuerpos.—Catacumbas de Santa Lucina, de San Timoteo, de Santos Félix Aducto y Comodilla, de San Ciriaco.

Volvimos á las orillas del Tíber para visitar la antigua iglesia de Santa Praxedis, atravesamos el río por el Puente de los *Quattro Capi* á fin de dirigirnos á la vía de Ostia, adonde nos llamaban las célebres Catacumbas de que está rodeada. Pero para bajar con fruto á nuestros venerables cementerios no basta llevar encendida la antorcha que el guardian os presenta; es necesario llevar también consigo la antorcha de la ciencia, y sobre todo de la ciencia sagrada. Lo que Pompeya es al paganismo, lo son las Catacumbas al cristianismo. Del mismo modo que Pompeya muestra el paganismo tal cual es, hace diez y ocho siglos en su religión, en sus costumbres, en sus artes, en sus usos de la vida pública y privada, así en las Catacumbas, cuna de la Iglesia, se ve de hecho el cristianismo tal cual era hace diez y ocho siglos.

La Roma subterránea es un libro vivo, palpable, inmortal, en el cual están escritas, ya con la sangre de los mártires, ya con el pincel novicio de un pintor desconocido, ya con el instrumento gastado del sepulturero, las creencias, las costumbres, los usos, el espíritu y los detalles de la vida tan laboriosa y tan sublime de nuestros padres. Libro de un interés inmenso para el arqueólogo, y más todavía para el cristiano; pero como todos los otros, se necesita que sea comprendido.

Los días anteriores nos ha contado su origen y su historia; hoy va á decirnos su doble destino. Las Catacumbas sirvieron para ocultar la vida de los primeros cristianos, sus misterios, sus lágrimas y sus oraciones; después de la muerte presentaron un dormitorio para todos los hijos de la Iglesia y particularmente para los mártires. Ellas están llenas de la vida y con la muerte de nuestros padres; la prueba de esto está, no solo en las tumbas, las capillas, las pinturas y los monumentos, que describiremos después, sino también en los nombres dados á aquellos lugares venerables. Además de la denominación general de Catacumbas, los cementerios cristianos tenían en la lengua primitiva nombres en los cuales respiran la fe viva de nuestros abuelos y el uso que ellos hacían de aquellos subterráneos. Son llamados sucesivamente: *lugares ocultos, refugios subterráneos, concilios de los mártires, santuarios, dormitorios, lugares de descanso, memorias, paz, puerto y trono*. 1 Solo pertenece al cristianismo dar semejantes nombres á las prisiones y á las tumbas de sus hijos. ¿No es necesario estar bien penetrado de la inmortal grandeza del hombre y bien seguro de su resurrección futura para llamar *dormitorio* el campo de batalla en donde la muerte le tiene extendido, y *trono* la tumba en donde se cumplen los tristes misterios de su descomposición?

A estos nombres reveladores vienen á juntarse, para manifestar el doble destino de la Roma subterránea, los usos conocidos de la primitiva Iglesia. Una ley disciplinaria quería que se ofreciese el santo sacrificio en la tumba de los mártires. Así, cada vez que los misterios sagrados debían

1 *Cryptae hypogaeae, latebrae, concilia martyrum, sanctuarium, dormitorium, sedes requitionis, memoriae, pax, portus, solium.*—Boldetti, p. 585.

renovarse, era necesario bajar á las Catacumbas. Ahora, siendo el uso de los primeros cristianos comulgar todos los días, queda, pues, establecido igualmente que este viaje tenía lugar todos los días, al menos para una gran parte de los fieles. 1 La Iglesia entera lo hacía en los numerosos aniversarios de los mártires que se celebraban invariablemente en sus sepulcros por la ofrenda de la augusta Víctima. Además, la piedad, la necesidad de darse valor para los combates de la fe, los trabajos y la vigilancia de los sepultureros multiplicaban en gran número las visitas prolongadas á aquellos retiros silenciosos. Agregad que el temor de excitar la atención ó el odio de los paganos debía hacer que las eligieran muy á menudo para la instrucción de los catecúmenos, la administración de los sacramentos y celebración de las agapas. Sin embargo, en tiempo de paz los cristianos habitaban en la ciudad y se ocupaban en el ejercicio de todas las profesiones legítimas. “Vosotros nos reprochais, decía á los paganos un testigo ocular, el ser gentes inútiles!—¿Cómo! Pero habitamos con vosotros; tenemos un mismo alimento, un mismo vestido, unas mismas ocupaciones, unas mismas necesidades; no somos ni brahmanes ni gymnosofistas indios, habitantes de las selvas y que huyen del comercio de los hombres. . . . No nos pasamos sin las cosas necesarias para la vida; como vosotros, nos trasladamos al Forum,

1 Prima del dugensettanta dell'era nostra, la Chiesa romana per divota consuetudine celebrava il sacrificio Eucaristico sopra i sepolcri di martiri. Fu il pontifice San Felice il quale ordinó che quella consuetudine avesse forza di legge universale e perpetua.—A principios del año doscientos setenta de nuestra era, la Iglesia romana, por costumbre piadosa, celebraba el sacrificio Eucaristico sobre los sepulcros de los mártires. El Pontífice San Félix fué el que ordenó que esta costumbre tuviese fuerza de ley universal y perpetua.—Marchi, p. 51.

á las carnicerías, á los mercados, á los baños, á las ferias, á las tiendas, á las hospederías. Navegamos con vosotros, llevamos armas, cultivamos la tierra, ejercemos las mismas profesiones para utilidad vuestra.” 1

Si durante los raros intervalos de la tranquilidad, la morada de las Catacumbas era solamente habitual para nuestros padres, se haría continua en las épocas de persecución. Apenas se había publicado el edicto sangriento, cuando se les veía desaparecer y buscar un asilo en sus subterráneos durante el tiempo de la tempestad. Los paganos no lo ignoraban. De aquí nacieron los nombres injuriosos de *raza topinera* (ratonera), de *raza enemiga de la luz* que les daban. 2 De ahí también, después de la publicación del edicto, aquel primer grito arrojado por la crueldad pagana: “Que se cierren los cementerios.” *“Arae non sint.”* 3

Los emperadores, no menos ávidos de sangre cristiana, se empeñaban en secundar el furor popular y prohibían, bajo pena de muerte, la entrada á las Catacumbas. 4 En fin, cuando se apaciguaba la guerra, el primer acto de clemencia de los perseguidores consistía en permitir á los cristianos el libre acceso á sus cementerios. Galiano, aterrado por la espantosa

1 *Apol., c. XLII—XLIII.*

2 *Latebrosa et lucifax natio.*—“Nación oculta y que huye de la luz.”—*Min. Fel.*

3 *Sub Hilarione praeside cum de areis sepulcrarum nostrarum clamassent “Arae non sint!” areae ipsorum non fuerunt.*—“Presidiendo Hilarion, exclamaron acerca de nuestras sepulturas: “No haya cementerios,” y no los hubo.”—*Tertul., ad Scapul., c. III.*

4 *Proconsul dixit: Justum est ut nulla conciliabula faciant, neque caemeteria ingrediantur: quod qui facere comprehensus fuerit capite plectatur.*—“Dijo el proconsul: Es justo que no haya conciliabulos y que no se entre á los cementerios; y aquel que lo haga tenga pena de muerte.”—*Pont., Act. proconsular.* Véase también á *Bar. An. 260; Euseb., Hist., lib. VII, c. X, lib. IX, c. II; Boldetti, lib. I, c. III.*

muerte de su padre el emperador Valeriano, se dulcifica hácia la Iglesia y da un rescripto por el cual autoriza á los obispos á volver á los cementerios. 1 ¿Qué más se necesita para probar que en aquellos terribles momentos nuestros abuelos no tenían mejor asilo? Su historia establece que acudían allí en multitud y los jefes del rebaño les daban ellos mismos el consejo y el ejemplo. "Venid, reuníos en los cementerios, decía el Papa San Clemente, para leer los libros sagrados, cantar los himnos en honor de los mártires y de todos los santos que salieron de este mundo; venid á orar por vuestros hermanos muertos en el Señor, y á ofrecer en vuestras iglesias y en vuestros cementerios, la Eucaristía agradable á Dios, tipo de vuestro cuerpo real y acompañado con el canto de los Salmos, á aquellos que mueren en la fe." 2

A este testimonio sería fácil añadir muchos otros; pero los hechos son todavía más decisivos que las palabras. Los monumentos primitivos presentan una prueba en cada página de que durante las persecuciones, la mayor parte de los Soberanos Pontífices se retiraron con los fieles á las Catacumbas. Hablando aquí solo de un pequeño número de ellos, ¿quién no sabe que el apóstol San Pedro, el primero y el modelo de los Papas, San Calixto, San Urbano, San Ponciano, San Antero, San Fabian, San Cornelio, San Estéban, San Sixto II y San Cayo, hicieron allí su morada? San Estéban y San Sixto fueron

1 Exstat ejus constitutio quam ad episcopos misit, permittens illis illa loca recipere quae caemeteria vocantur.—"Existe su constitucion dirigida á los obispos en que les permite que recibían en los lugares que se llaman cementerios."—Euseb., lib. VII, c. XIII; Boldetti, lib. I, c. I, p. 12.

2 Conveniti in caemeteriis ad legendum Sacros Libros, etc.—"Reuníos en los cementerios á leer los libros sagrados."—*Constit. apost.* lib. VII, c. ultim.

allí martirizados; San Cayo estuvo en ese lugar, oculto durante ocho años. 1 Además, á ejemplo de Pablo en su prision, aquellos incansables Pontífices cumplían en su tumba viviente con todas las funciones de su apostolado. Allí tenían concilios, consagraban obispos y sacerdotes, ponían los fundamentos de la disciplina, instruían á los fieles, bautizaban á los catecúmenos, en una palabra, cumplían con todos los deberes impuestos por su doble título de obispos de Roma y de jefes de la Iglesia universal. 2 Todo esto ¿no supone evidentemente la presencia del pastor y del rebaño?

Sin embargo, en lo más fuerte de la persecucion todos los cristianos no dejaban la ciudad, ó al menos no hacían de las Catacumbas su morada continua. Un gran número de ellos se quedaban entre los paganos para observar lo que pasaba y avisar de ello á la Iglesia; para visitar, consolar, alentar á los mártires en sus prisiones, acompañarles ante los jueces y tomar nota de sus interrogatorios; seguirles al lugar de su suplicios, recoger su sangre y trasladar sus restos preciosos á la gran necrópolis. Otros tambien permanecían en Roma porque sus empleos, tales como por ejemplo la profesion militar, no les permitía alejarse de allí, ya porque era indispensable proveer á la subsistencia de los hermanos ocultos en los cementerios, ya en fin, porque no estando obligados á huir, se sentían con bastante valor para desafiar el furor de los tiranos. ¡Cosa notable! se encuentra la misma conducta en

1 Ingredientes vero Romam invenerunt apostolum in loco qui dicitur Vaticanus, docens multas popularum turmas.—"Al entrar en Roma encontraron al apóstol en el lugar llamado Vaticano enseñando á muchas turbas de pueblo."—Aringhi, t. I, lib. I, c. II, Bar., *Annal.*, t. XII, an. 1145—1150; Boldetti, lib. I, c. III.

2 *Lib. de Rom. Pontif.* Aringhi, t. I, c. II, p. 10, 11.

todos los países, en todas las épocas de persecucion. Se la ha visto principalmente en Inglaterra, bajo Isabel, y en Francia durante la revolucion del último siglo; y se reproduce en nuestros días en Cochinchina y Tonquin.

A lo menos la Iglesia sepultada en las entrañas de la tierra, ¿gozaba ella de una cierta tranquilidad? creerlo de una manera absoluta sería un error. Nuestros padres retirados en las Catacumbas estaban en seguridad, como lo estuvieron en las épocas citadas más arriba los católicos de Francia y de Inglaterra ocultos en los bosques, en las cuevas, como lo están hoy los fieles de Oriente en sus profundos retiros. La clausura de los cementerios reclamada por el pueblo y mandada por los perseguidores, prueba que los paganos conocían los asilos de nuestros padres. Ahora bien era tal el peligro de ser descubiertos, que les ponía en continuas alarmas y les obligaba á menudo á hundirse en las últimas profundidades de sus subterráneos. "La persecucion es de tal modo violenta, escribía el año 260 el Papa Cornelio, que no podemos ya reunirnos en las Catacumbas más conocidas." 1

Muchas veces tambien los paganos perseguían á nuestros padres en sus más ocultos retiros. Así vemos al Papa San Sixto II martirizado en las Catacumbas de San Calixto con cuatro diáconos. 2 Podrían citarse muchos otros. Algunas veces, por una atroz barbarie, mandaban cerrar las entradas de las Catacumbas y sufocaban así de un solo golpe una multitud de víc-

1 Publice neque in cryptis notioribus missas agere christianis liceat.—"No era permitido á los cristianos decir misa en las cryptas más conocidas."—*Ep. VIII ad Lupicin. Vivin.*

2 Xystum in caemeterio Callixti animadvertum sciatis octononas Augusti et cum eo diaconos quatuor.—"Sabed que Sixto fué martirizado en el cementerio de San Calixto el ocho de las nonas de Agosto, y con él cuatro diáconos."—*S. Cypr., Epist. ad Success. Epist. LXXXII.*

timas. Numeriano, sabiendo que un gran número de fieles estaban reunidos en los cementerios de la Vía Salaria, mandó que se demoliere la puerta y se hiciese caer sobre ellos la montaña de tierra suspendida sobre la crypta. 1

Para sustraerse á las investigaciones de los perseguidores, multiplicaban los cristianos las entradas de sus Catacumbas. Todos los días se descubren nuevas en los jardines de los alrededores de Roma. Esta multiplicidad de aberturas tenía otro motivo; la Iglesia quería que los hombres y las mujeres tuviesen sus entradas diferentes. Se concibe que la separacion de los sexos, observada todavía en nuestros días en un gran número de parroquias, debía ser rigurosamente prescrita entónces que las asambleas tenían lugar de noche en subterráneos iluminados escasamente por lámparas. Además del testimonio de los antiguos Padres, las Catacumbas mismas establecían el destino de las dobles entradas. Una inscripcion encontrada por Bosio en las Grutas Vaticanas pone la cuestion fuera de duda:

AD SANCTVM PETRV M ANTE REGIA  
IN PORTICV COLUMNA SECVNDA QVOMODO  
INTRAMVS  
SINISTRA PARTE VIRORVM  
LVCELLVS ET IANVARIA HONESTA FEMINA.

"Lucelo está colocado en la segunda columna en el pórtico, que es por donde entramos, y en la parte izquierda que es la de los varones; y Januaria, honrada mujer, en la otra parte, enfrente."

Resulta de este documento grabado sobre la piedra, que los hombres entraban á

1 Ut in introitu cryptae paries levaretur; quod cum factum fuisset, mentem qui cryptae imminabat super eos dejecit.—"Que se quitase la pared de la entrada de la crypta, y una vez hecho esto, la montaña de tierra suspendida sobre ellos se dejase caer."—*Bar. an. 284; Mar-chi, p. 81.*

la antigua basílica del príncipe de los Apóstoles por el lado izquierdo, mientras las mujeres entraban por el derecho. Obervando con cuidado las Catacumbas, se encuentran igualmente las dos entradas, las dos escaleras, de que es imposible darse cuenta, á ménos que se admita que conducían separadamente á los hombres y á las mujeres á las capillas subterráneas en donde estaban igualmente separados. Diré de paso, que se encuentran estas escaleras con el carácter evidente que acaba de explicarse en las Catacumbas de Santa Inés, de Santa Elena. 1 Está fuera de duda que el mismo hecho se reproducirá constantemente en los cementerios á medida que se pueda irlos explorando. Gracias á esta primera enseñanza dada por nuestros venerables cementerios, se ve que la disciplina de la Iglesia, aunque cambiando su naturaleza, extiende sus raíces hasta las edades apostólicas. Servir de sepultura á los muertos y de retiro á los vivos, tal es el doble destino de la Roma subterránea. Pasemos ahora á la *estructura* de la inmensa ciudad.

Las galerías y los sepulcros son la primera cosa que veis cuando entráis á las Catacumbas. Las galerías, como sabemos, suben ó bajan, se alargan ó se cierran, según las capas de toba granular. Sus dimensiones y sus formas, su profundidad y su disposición, en fin, están evidentemente calculados á su destino sepulcral. En cuanto á las tumbas llamadas *loculi*, sabemos también que están cavadas horizontalmente á derecha ó izquierda en las paredes y que se elevan unas encima de otras como los anaqueles de una biblioteca, hasta el número de siete, ocho, nueve y hasta once. En general, cada *loculus* no puede recibir más que un cuerpo; hay algunos, no obstante, que están destinados para dos y

1 Marchi, ps. 45-52.

para tres difuntos, y algunos también para mayor número. Se designan los primeros con los nombres mitad latinos y mitad griegos, de *bisomum* y de *trisomum*, tumba para dos, para tres cuerpos. Los últimos conservan el nombre griego de *polyandrum*, tumba para muchos. Este uso está indicado ordinariamente en la inscripción sepulcral. Hé aquí algunos ejemplos:

En el cementerio de San Calixto:

DONATA SE VIV. EMIT SIBI. ET MAXENTIA  
LOCVM BISOMV.

«Donata, en vida, ha comprado para sí y para Maxencia un *loculus* para dos cuerpos.»

En el cementerio de Gordiano:

IN. M. I. S. TVRDVS, ET CECILIA BISOMV.

«En este *loculus* de dos cuerpos están Turdo y Cecilia.»

En el cementerio de San Calixto:

SEBERVS, LEONTIVS, VICTORINVS. TRISOMV.

«Severo, Leoncio, Victorino; lugar de tres cuerpos.»

SE BIBA EMET DOMNINA

LOCVM A SUCCESSVM

TRISOMVM VBI POSIT.

«Domnina, en vida, compró de Successo un lugar de tres cuerpos, en donde descansan...» El resto de la inscripción falta.

En las Grutas Vaticanas:

LOC MA C. CL. VIII. MC.

«Sepulcro de doscientos cincuenta mártires en Jesucristo.»

Los sepulcros están cerrados, ya en anchas tejas, ya en losas de piedra ó de mármol, perfectamente incrustadas en la toba. Allí se encuentran grabadas las inscripciones cuyo estudio presenta un tan poderoso interés á la ciencia y á la piedad. Mañana lo comenzaremos, porque hoy el

tiempo urge y vamos á bajar á las Catacumbas.

El viajero se encuentra en la vía de Ostia, cuando ha pasado la antigua Puerta *Trigemina*, llamada así por los tres Horacio que la pasaron al dirigirse á su famoso combate. A alguna distancia de la ciudad se divide en dos brazos, de los cuales uno se extiende hácia Ostia y el otro hácia las Aguas Salvianas ó San Pablo Tres Fuentes. En este último lugar y en el sitio llamado *Gruta jugiter manans*, fué donde cortaron la cabeza al gran Apóstol. En la visita de Roma hemos hablado de la Catacumba de San Zenon y de las tres iglesias de las aguas Salvianas levantadas en memoria del triple bote que dió la cabeza del Apóstol al caer bajo el hacha del licor. Hemos dicho también que su cuerpo sagrado fué recogido por Santa Lucina y enterrado por ella en una de sus propiedades. Ahora, hénos aquí en aquella Catacumba inmortalizada al mismo tiempo por la sepultura del gran Apóstol y de una multitud de mártires, y por la basílica Constantiniana levantada en aquel lugar por el primer emperador cristiano; estamos en San Pablo *extra-muros*.

Como se ve, la Catacumba de Santa Lucina ó de San Pablo se remonta á la cuna de la Iglesia. A ella se bajaba en otro tiempo por un oratorio subterráneo dedicado á San Juliano mártir y situado cerca de la Confesion del Apóstol; este oratorio está hoy cerrado. Una antigua inscripción escrita en el pavimento, en embutidos, de la antigua basílica, daba testimonio de la multitud de mártires inhumados cerca de San Pablo:

SVB HOC PAVIMENTO TESSELLATO

CEMENTERIVM S. LVONÆ

MATRONÆ

IN QVO PLVRIMA SANCTORVM

MARTYRVVM CORPORA

REQUIESCUNT.

«Bajo este pavimento de mosaico está el cementerio de la matrona Santa Lucina, en el cual descansan los cuerpos de una multitud de santos mártires.»

Entre estos huéspedes ilustres bastará nombrar á los Santos Timoteo, Juliano, Basilisa, Celso y Marcionilo, cuyos cuerpos están hoy bajo el altar de Santa Brígida. El primero era un ciudadano de Antioquía que habia venido á Roma bajo el Papa Melquiades. Como nacido en el paganismo, se mostraba muy adicto á la religion de sus padres, cuando la luz de la fe le iluminó los ojos. Tan pronto apóstol como neófito, se pone á predicar públicamente la divinidad de Nuestro Señor y lo absurdo de la idolatría. Se le oye, hay conversiones en gran número; pero el tirano Maxencio sabe lo que pasa. Se da órden á Tarquino, prefecto de Roma, de arrestar al predicador. Tarquino, digno ministro de su amo, manda arrojar á Timoteo á una oscura prision, manda que le cubran con cal viva y que ejerzan en su cuerpo los tormentos que una rabia impotente puede inventar. El mártir resiste á todo; en fin, el hacha del licor acaba su glorioso combate. Una santa mujer, llamada Teodora, recogió su cuerpo y lo depositó en un campo que pertenecía al mártir y que tomó el nombre de Catacumba de San Timoteo. Este campo, contiguo al cementerio de Santa Lucina y encerrado más tarde en el recinto mismo de la basílica, no es más que un cuartel de la Catacumba de San Paulo. 1

En cuanto á los otros mártires, su presencia en aquellos lugares es un testimonio más de aquel inmenso deseo, y yo diría de buena gana de aquel celo maternal que Roma manifestó desde el principio por tener cerca de sí á sus más ilustres soldados del Oriente y del Occidente, de la

1 Mazzol. *Sagri Cimiteri*, p. 206.